

Fecha: 15-5-98

ABC Cultural



A pesar de la reticencia crítica con la que fue recibido, la celeridad en la aceptación por parte del público lector ha convertido a José Ángel Mañas en uno de los fenómenos más sorprendentes de la narrativa española de nuestro tiempo, en el novelista más representativo de lo que hasta hoy se consideraba como literatura juvenil, o dicho de modo más cruel, «novela cutre», «virtual» o como quiera llamarse, aunque quizá a partir de este su cuarto título haya que inventarse nuevos calificativos un poco más reflexivos, menos insultantes y más analíticos. Con sólo cuatro novelas, este veinteañero que se reveló hace cinco años al quedar finalista del premio Nadal con un título ya mítico, «Historias del Kronen», jaleado por el público, admitido a regañadientes por la crítica, y comenzado recientemente a ser «canonizado» —véase su reedición en una colección de bolsillo significativamente titulada «clásicos contemporáneos comentados»—, ha tenido fortuna en sendas adaptaciones cinematográficas además, que han sido jaleadas por la crítica. Y hasta los medios académicos se han acercado a él con respeto, como lo muestra el elogioso estudio

Novela Ciudad rayada

José Ángel Mañas

Espasa Calpe. Madrid, 1998. 226 páginas, 1.900 pesetas

que le ha dedicado Germán Gullón a la edición de bolsillo citada.

Bien es verdad que sus dos novelas intermedias, «Mensaka» y «Soy un escritor frustrado», fueron peor recibidas, pero quizá haya que dejar aparte esta última, como lo insinúa el escritor al presentar esta «Ciudad rayada» como la tercera de una trilogía inaugurada por «Kronen» y continuada en «Mensaka», con las que tiene una evidente relación de espacio, tiempo, ámbito, escenarios, tipos y estilo, de los que se separaba la anterior. Y además, las califica a las tres de «nobelas», con evidente intención transgresora más que definitoria. «Ciudad rayada», la tercera «novela» de la trilogía, recupera el nivel de las «Historias del Kronen», con notable ventaja verbal y lingüística aunque con mayores fallos argumentales. Pues si aquélla era una novela construida sobre un escenario colectivo —reducido, eso sí—, su argumento tenía menos importancia, era más «natural» y estaba mejor engranado, mientras que ésta se apoya sobre todo en su lenguaje, acentúa su argumento con mayor especificidad novelesca, hasta el punto de rizar el rizo de lo inverosímil en su intento de fabricar un verdadero «thriller» con sus delincuentes y aventuras violentas que bordean la «virtualidad» de la realidad narrada. Pues si Mañas quiere ser de verdad un narrador realista —y creo que lo quiere ser desde el principio—, su conocimiento de lo real, dada su edad, depende más de los medios de comunicación, del cine, la televisión, los cómics y la música, que de la amplia y más verdadera realidad propiamente dicha.

Dicho esto, podría parecer que nos encontramos de nuevo con esas historias juveniles desatadas entre el sexo, la droga, el rock y todas

esas gotas de violencia que facilitan el «marketing» de estos productos más artificiales todavía que los paraísos de Baudelaire, y me apresuro a decir que no es así, ni mucho menos. En esta narración, algo desarticulada, eso sí, hay un elemento fundamental, que todo lo unifica y potencia de manera absoluta. «Ciudad rayada» es un bloque verbal de primera magnitud, una verdadera creación lingüística tan poderosa como fascinante. Sexo hay poco, drogas a toneladas —su protagonista narrador es un «camello» distinguido, astuto hasta el final—, violencia la justa y el rock es despreciado en favor de la música electrónica, sobre la que se nos ilustra hasta la exasperación. El lenguaje argótico y potente —la sombra protectora de Céline es omnipresente— de la germanía juvenil y criminal, se aparta del simple «cheli» y se eleva a unos niveles de creación artística desconocidos en nuestras letras. Nivel que va desde los neologismos del «vesre» u otras ingenuidades, a toda una panoplia de jergas cruzadas o las fantasías verbales de una escapada repleta de alucinógenos donde incluso la ortografía se «kakofoniza» hasta la exasperación. Lo demás, un robo frustrado, un combate entre «camellos», una huida entre gitanos y festivales musicales para escapar de las manos de un policía corrupto, es lo de menos. Lo importante es el lenguaje, el monumento verbal aquí edificado, que quizá exigiría un glosario al final, pero éste es otro tema, que haría esta edificación algo menos edificante. O más para trabajo de lingüistas en paro o de filólogos fantásticos, no hay por qué cerrar caminos, pues tampoco hay demasiados.

Rafael CONTE